

# Carlos y las dos mafias

Ignacio Cofré

Había una vez, una ciudad muy grande y tranquila llamada PepoCity, todos amaban a PepoCity, era la segunda ciudad con menos delincuentes del mundo, pero su vez, era la tercera con los delincuentes más malévolos de todos, los cuales se dividían en dos mafias: los cuchufli, y los clan destinos. Los clan destinos eran una mafia antigua que se había mantenido gracias a la astucia de su líder Ben, un hombre mediano de pelo corto y su extraña manía de pensar en voz alta:

— Siempre mi madre me dijo en no confiar en extraños, entonces si no confío en la mafia los cuchufli, todo ira bien para mi mafia— dijo una vez Ben, provocando una enemistad con los cuchufli, una enemistad que duraría por los siglos de los siglos.

En el otro lado de la ciudad se ubicaban los cuchufli, una mafia dirigida por la señora y Smid, de segundo al mando su esposo el señor Smid, y como olvidar a su hijo Carlos, el 84avo al mando, ósea, el ultimo.

Carlos siempre fue un hijo obediente y servicial, haciendo todo lo posible por hacer sentir orgullosos a sus padres, pero en los últimos años ha estado confundido ya que todo lo que aprendido de sus padres se contradecía con los actos malignos que han cometido desde que se volvieron malignos.

Cada día Carlos paseaba por ahí disfrazado a petición de los cuchufli para que no sea detectado por la policía. Aparte de pasear y comprar cosas con el dinero que recibía de su familia no hacía mucho, no se le tenía permitido dirigir a los guardias, ya no iba a la universidad, solo el dinero calmaba su aburrimiento.

Pero un día, a Carlos le dieron ganas de ir al otro lado de la ciudad para capturar al líder de la mafia clan destino, para que así sus padres se sientan orgullosos y tal vez así volver a ser una familia normal ¿Por qué renunciarían a su mafia si les traía a Ben? La lógica de Carlos parecía una poca mala, pero de todas formas estaba determinado a cumplir su misión encargada por sí mismo.

El plan estaba listo: ir a la base de los clan destinos, tocar la puerta, y esperar lo mejor. Todo iba bien, ya había llegado, Carlos toco la puerta, y de la nada unas manos lo llevaron adentro.

—Vaya vaya, pero si es Carlos— dijo Ben.

— Ay, no me resultó mi plan— dijo Carlos rodeado de mafiosos.

—Ah, tu venías a robarme.

—No, nada de eso, solo quería llevarte con mis padres.

—Eso no es mejor. Ahora tendré que encerrarte en una celda.

—Vamos ¿No hay una forma de negociar?

—Mmm, podrías decirme donde esta esa famosa bóveda que tienen los cuchufli, dicen que está llena de oro y así te dejaremos ir.

—Eso está fácil, está en la fábrica abandonada de pepperoni.

—Excelente, vámonos muchachos, oro para todos.

— ¿Entonces me puedo ir?

—Para nada, le puedes avisar a los cuchufli.

—Pero, pero dijiste....

—Yo digo muchas cosas amigo mío.

—Con que esas tenemos, bueno, no importa, tengo un plan B.

— ¿Y cuál sería?

— ¡Este! —exclamo Carlos mientras tiraba una granada de juguete al suelo.

— ¡AAAA! ¡Una bomba, corran! —Grito Ben asustado mientras se alejaba junto a sus hombres de la granada de goma. Carlos, aprovechando la distracción, decidió huir lejos.

— ¿Lo seguimos? —Pregunto el mafioso Juan al líder Ben.

—No perdamos el tiempo, mejor vamos de una vez a por el oro. En marcha muchachos.

Luego de un rato, Carlos llego junto a su madre, le dijo lo que pasó, y ella dijo lo siguiente:

—¿¡Le dijiste la ubicación de nuestro oro!? Ahora seguro deben estar de lo más bien con lo que es nuestro ¡Y por tu culpa!

— Me gustaría compensarlo de una manera....

— Y lo harás, con esto —dijo Elena mientras le dio a Carlos un arma de oro— tú y algunos de mis hombres irán a su guarida y me traerán a Ben.

— ¿Quieres que negocie con él con esta cosa? Seguro tiene mucho valor.

— ¡No, el tiempo de negociación se fue hace rato, me lo traerás a punta de disparo, si se reúsa a venir por las buenas: ram pam pam pam pam!

—Uf, está bien.

De camino a los clan destino, Carlos decidió hablar con sus compañeros sobre lo que ha hecho Elena estos últimos años como mafiosa, dándose cuenta de que ella no era tan buena persona como creía, ni los mafiosos que la apoyaban.

A la hora de llegar, los mafiosos idearon un plan para secuestrar a Ben y recuperar el oro, un plan casi perfecto por el hecho de que Carlos no forma parte de él.

Todo iba de lujo, los mafiosos habían recuperado todo el oro, pero se dieron cuenta que Ben estaba escoltado por varios guardias, así que decidieron devolverse a su base en la camioneta con la que habían llegado. Lo impresionante de ello fue que se fueron sin Carlos, lo que lo dejó confundido, pero lleno de valor, se fue en dirección contraria de la camioneta para enfrentarse a Ben con su propio plan.

Carlos esperó pacientemente a que Ben saliese de su guarida por algún motivo, y eso mismo paso, a Ben le dieron ganas de ir a comprar el pan y se descuidó al pedir a sus hombres que se quedaran vigilando el oro, ya que no se habían dado cuenta que los secuaces de Elena ya lo habían robado.

Ben caminaba un poco apresurado, Carlos se preparó, meditó unos segundos, y se cruzó en el camino de Ben:

—¡Quieto ahí! —dijo Carlos apuntando a Ben con su arma dorada.

—Oh, eres tú ¿Vienes por el oro? —preguntó Ben bien tranquilo.

—No, vengo por ti, ahora que acompañaras donde los cuchullí.

—¿Y si no qué? ¿Me dispararas con esa cosa?

—Estoy dispuesto a hacerlo, Ben, ahora, marcha.

— Conozco a Elena y te conozco a ti, con eso basta para saber que al presionar el gatillo no moriré.

—Por última vez, marcha —dijo Carlos temblando, pensando y algo de lo que hiciese en ese momento haría a su madre feliz.

Ben solo se quedó en su lugar sin moverse, con una sonrisa media falsa. Carlos se hartó, y presiono el

gatillo con los ojos cerrados: CLICK, el arma no tenía balas.

—¿Eso no te lo esperabas verdad? —dijo Ben riéndose.

—.....

—Esperaba que el arma fuese de juguete o algo así, pero parece que simplemente no tiene balas.

—...

Ahora todo encajaba en la mente de Carlos, Elena nunca les dijo a sus secuaces que capturaran a Ben, eso solo se encargó a Carlos, y ella fue la que vació el cargador del arma. Ella quería deshacerse de Carlos.

Carlos al darse cuenta de que los hombres de Ben se acercaban, decidió huir nuevamente.

—No lo sigan, Elena terminará el trabajo— dijo Ben.

Carlos se sentía traicionado y por primera vez se dio cuenta de quien era realmente su madre, y sabía lo que merecía. Tomó su celular, llamo a la policía, y aviso a las autoridades sobre todo esto y les dio la ubicación de ambas mafias.

Sin estar contento con eso, Carlos decidió huir del país a otro lugar, lejos, bien lejos, para no volver jamás.

Pasaron los años y Carlos fundo su propia empresa con el dinero que consiguió vendiendo su arma de oro. Nunca supo que paso con las mafias, solo sabía que eso le daba igual. Lo único que sabía era que debía tener que mantener su fábrica de manteles en orden para poder vivir de ello y nunca más depender su malvada madre.

FIN